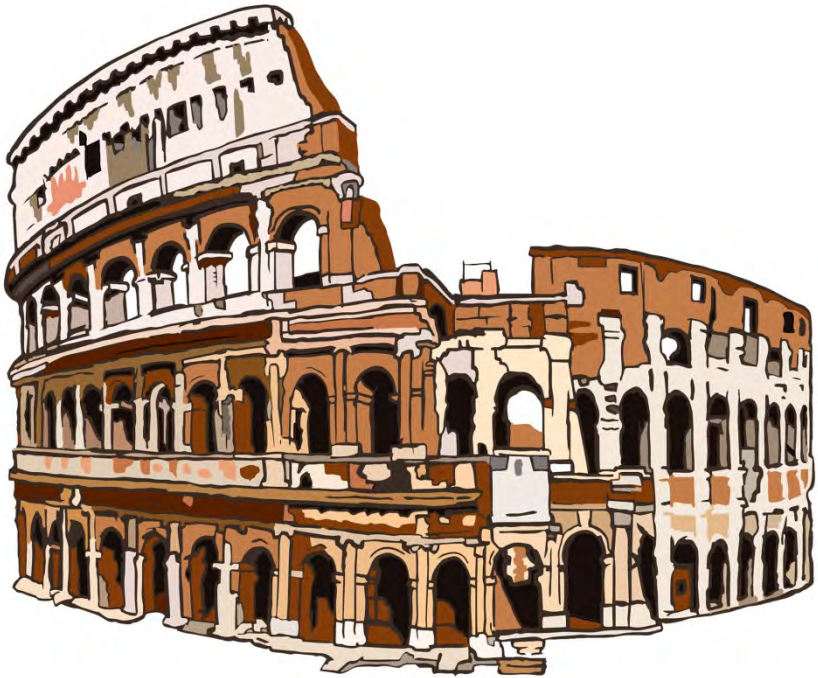


Max y Voltaire

Un viaje a la Ciudad Eterna



Mina Mauerstein Bail

Ilustrado por Michael Swaim

Tercer libro de la serie Max y Voltaire



CAPÍTULO UNO

DE CAMINO A ROMA

—**Y**a casi llegamos —dice *Madame* Rosemarie—. Pasaremos la noche en Padua (que se dice **pad**-u-a) y mañana partiremos hacia Roma. Fue muy amable de parte de la *Signora* Carina invitarnos a quedarnos con ella. El verano casi ha terminado, pero el clima sigue estando muy agradable en Roma. Estoy segura de que disfrutarán pasar tiempo con Spaggetino y Midnight.

Max y Voltaire se inquietan en el asiento trasero del coche. Max se estira y le susurra a Voltaire:

—¡Comienza otra aventura!



Max y Voltaire conocieron a dos gatos, Spaggetino y Midnight, durante un viaje reciente al sur de Francia. La dueña de estos dos gatos, la *Signora Carina*, vive en Roma e invitó a *Madame Rosemarie*, a su gato Max y a su perro Voltaire a ir de visitas.



Max y Voltaire viven con *Madame Rosemarie* en Ferney-Voltaire, un pequeño pueblo en Francia, cerca de Suiza. A pesar de que ya tenía tres gatos, *Madame Rosemarie* adoptó a Max en una panadería local cuando supo que sus dueños no podían tenerlo más. Voltaire solía vivir en la casa de al lado. Cuando su dueña decidió darlo en adopción, le preguntó a *Madame Rosemarie* si le gustaría darle un hogar. *Madame Rosemarie* nunca antes había tenido un perro. No estaba segura de cómo se llevaría con sus cuatro gatos. Fue una decisión difícil, pero decidió darle la bienvenida a Voltaire a

su casa. Con el tiempo, Voltaire y sus compañeros gatos aprendieron a relacionarse entre ellos y se hicieron buenos amigos.

Mientras *Madame* Rosemarie visitaba a una amiga en Nice (que se pronuncia **nis**), al sur de Francia hace unos tres meses, conoció a la *Signora* Carina en circunstancias poco comunes. El gato de la *Signora*, Spaggetino, fue secuestrado. Gracias a Max y a Voltaire, él pudo volver con la *Signora*. Durante ese mismo viaje, Max, Voltaire y Spaggetino rescataron una gatita en apuros, Midnight, a quien la *Signora* Carina adoptó más tarde.

Madame Rosemarie se registra en un pequeño hotel en Padua. Muchos hoteles de Italia admiten mascotas. Después de un corto descanso, *Madame* Rosemarie baja al vestíbulo del hotel y le pide a la recepcionista información sobre la ciudad.

—Padua es una de las ciudades más antiguas de Italia —le dice la mujer joven—. Hay muchas iglesias por aquí. También hay una hermosa plaza llamada el Prato delle Valle (que se dice **pra**-to del-le **va**-lle). Es la plaza más grande de Europa. Tiene una gran área de césped y un canal bordeado por estatuas. Mucha gente va allí para caminar o para relajarse. Padua también es el hogar de la segunda universidad más antigua de Europa, la Universidad

de Padua, fundada en 1222. Galileo (que se dice **ga-li-ley-o**), un científico famoso, enseñó en la universidad entre 1592 y 1610. Aquí realizó muchos de sus importantes descubrimientos.

Madame Rosemarie le agradece a la joven por la información. Gira hacia Max y Voltaire que están parados cerca de ella.

—Vayamos a visitar Padua —dice *Madame* Rosemarie.

Madame Rosemarie, Max y Voltaire pasean por las estrechas calles empedradas en el centro histórico, se dirigen hacia el Prato delle Valle y luego van hacia el edificio de la universidad más viejo de Padua, llamado el Bo Palace, construido en el siglo XV. El área de la universidad está llena de tiendas, mercados al aire libre y estudiantes. *Madame* Rosemarie encuentra un banco, se sienta y comienza a leer su guía turística de Italia. Max y Voltaire se sientan cerca de ella. Llega un grupo de turistas. Max y Voltaire caminan lentamente hacia un lado del grupo, tratando de permanecer inadvertidos para poder escuchar a la guía turística.

—No creo que a nadie le moleste si nos quedamos acá —dice Max.

—Nos portaremos de la mejor manera y nos integraremos al grupo —agrega Voltaire.



—Cuando Galileo era un hombre joven, se interesó en la ciencia —dice la guía turística—. En aquellos días, no se usaban experimentos para probar ideas. Pero Galileo quería probar sus ideas para poder observarlas en el mundo real. De hecho, esta fue una nueva idea para las personas y sentó las bases del método científico. Les daré un ejemplo. En aquel entonces, la gente creía que si se dejaban caer dos objetos de diferentes pesos, pero del mismo tamaño y de la misma forma, el objeto más pesado aterrizaría primero. Galileo decidió probar esta suposición. Subió a la cima de la torre inclinada de Pisa, una ciudad de Italia donde estaba viviendo en aquel entonces, y dejó caer dos esferas del mismo tamaño y de la misma forma, pero con diferentes pesos. ¡Ambas aterrizaron al mismo tiempo! Esto molestó a algunas personas porque cambió la manera tradicional de pensar.

—Pobre Galileo —dice Max—. No entiendo por qué la gente se molestó con él. Simplemente era un sujeto curioso.

La guía, una joven pequeña y vivaz, de cabello oscuro y con una sonrisa cálida, continúa su historia acerca de la vida y de los tiempos de Galileo.

—A pesar de que Galileo no inventó el telescopio, realizó mejoras en la tecnología existente y fue el primer astrónomo en usar su telescopio para

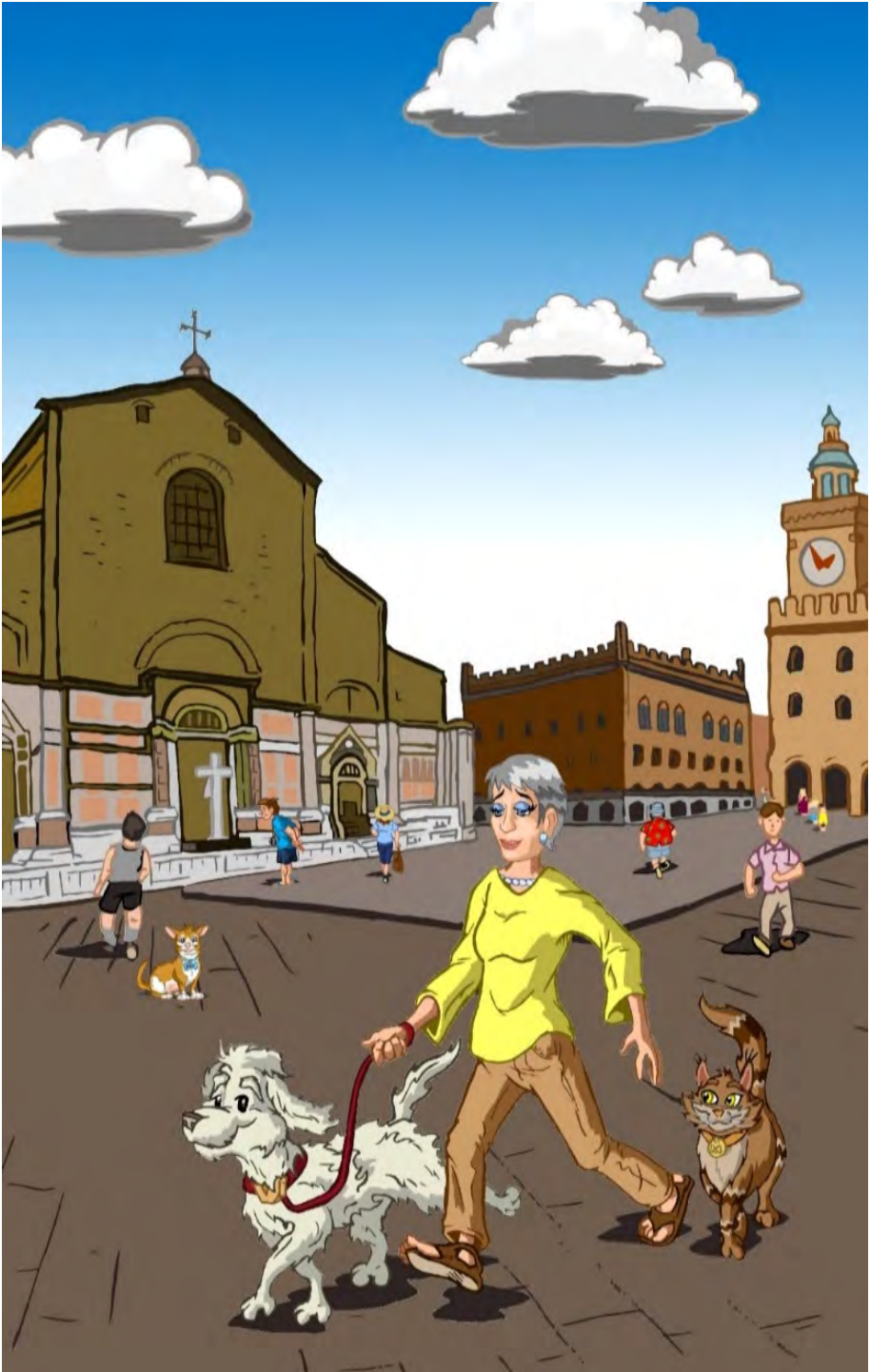
observar los cielos —dice la líder del recorrido—. Al usar su telescopio, pudo probar que la Tierra y otros planetas giran alrededor del sol, y no al revés, como se creía en aquella época. Una vez más, Galileo molestó a algunas personas. Esta vez, la iglesia católica se enfadó mucho y lo arrestó. Sin embargo, en lugar de vivir en prisión, la iglesia le permitió vivir en su casa bajo arresto domiciliario.

—Me da pena Galileo —dice Voltaire—. Parece haberse metido en muchos problemas. Pero fue amable de parte de la iglesia dejarlo quedarse en su casa.

—Albert Einstein, quien recibió el premio Nobel de física en 1921 y cuyos logros revolucionaron la física, llamó a Galileo «el padre de la ciencia moderna» —dice la guía—. Muchos de los experimentos de Galileo contribuyeron al avance de la ciencia. Llevó años, pero finalmente la iglesia católica reconoció las contribuciones importantes de Galileo y lamentó la forma en la que lo había tratado.

—Me alegro de que esta historia tenga un final feliz —dice Voltaire.

Madame Rosemarie se levanta y ve a Max y a Voltaire parados cerca del grupo de turistas. Camina hacia ellos para acompañarlos.



—Tenemos un largo viaje mañana —dice *Madame* Rosemarie—. Parar aquí fue un pequeño desvío, pero siempre quise conocer Padua. Comamos y vayamos a la cama temprano.

A la mañana siguiente, después del desayuno, todos entran al coche y se dirigen a Roma. Max y Voltaire se acomodan en el asiento trasero y pronto se duermen.

Luego de unas horas de viaje, *Madame* Rosemarie detiene el coche para comprar combustible. Max y Voltaire se despiertan. *Madame* Rosemarie los lleva a dar un paseo corto y les da un poco de agua para beber.

—Estamos muy cerca de Bolonia —dice *Madame* Rosemarie—. Mi guía turística dice que Bolonia es considerada la capital gastronómica de Italia. Paremos allí a comer el almuerzo.

Llegan a Bolonia. Es un día cálido y veraniego. *Madame* Rosemarie estaciona el coche cerca del centro de la ciudad y caminan hacia la gran plaza llamada la Plaza Mayor (la Piazza Maggiore en italiano). Pasan muchos edificios cálidos de color naranja y rojo.

—¡Qué ciudad antigua encantadora! —comenta *Madame* Rosemarie—. Busquemos un lugar para comer. Después de almorzar, podemos dar un

paseo corto y hacer un poco de turismo.

Madame Rosemarie cruza las calles laterales de la Plaza Mayor, pasa puestos de frutas y verduras, y encuentra un restaurante pequeño con una terraza que da a unos edificios antiguos con pórticos y tiendas pequeñas. Un camarero con una sonrisa amigable lleva a *Madame* Rosemarie y a sus compañeros peludos hasta una mesa y les trae un menú. Max y Voltaire se sientan en el suelo, cerca de *Madame* Rosemarie. Un joven está sentado solo en la mesa de al lado.

—¿Puedo acariciar a su perro? —pregunta.

—Sí —responde *Madame* Rosemarie—. Se porta muy bien y se ha graduado de una escuela de obediencia canina.

«Me alegro de haber ido a la escuela —piensa Voltaire».



—Me llamo Marco —dice el joven—. Estudio en la universidad de Bolonia. Yo también tengo un perro. Vive con mis padres en Roma. Se llama Bella. Ella tiene un pelaje blanco justo como el de su perro.

Madame Rosemarie se

presenta a ella y a Max y a Voltaire.

—Por favor, acompáñenme en el almuerzo —dice Marco.

—Gracias —responde *Madame* Rosemarie.

Marco llama al camarero y este junta las mesas.

—¿Qué estás estudiando? —pregunta *Madame* Rosemarie.

—Estudio arte —responde Marco—. Quiero ser pintor. Algunos dicen que Leonardo da Vinci (que se dice le-o-nar-do da-vin-chi) pintó el famoso retrato de la *Mona Lisa* aquí en Bolonia.

—Creí que la había pintado en Florencia —contesta *Madame* Rosemarie—. Todavía me acuerdo de la primera vez que vi la pintura en París, en el museo Louvre. Es pequeña y mide solo 30 por 21 pulgadas. Pensé que sería mucho más grande. Me fascinaron sus expresiones faciales. Desde un ángulo, ella se veía pacífica y serena. Desde otro, la sonrisa parecía diferente, algo misteriosa.

—Leonardo da Vinci fue un gran pintor, y a pesar de que es mayormente conocido por su trabajo como pintor, también fue inventor, científico, matemático, ingeniero, escritor y músico —dice Marco—. La versión oficial dice que pintó la *Mona Lisa* en Florencia donde vivó hace mucho tiempo, pero no terminó la pintura allí. La llevó consigo

durante muchos años. Antes de ir a Francia con la pintura, vivió en Bolonia. Entonces, tal vez trabajó en la pintura aquí. A algunas personas de Bolonia les gusta creer eso. Espero convertirme en un gran pintor algún día.

—Te deseo muchos éxitos —dice *Madame Rosemarie*.

«Desearía que dejaran de hablar sobre pintura —piensa Voltaire—. Me está dando hambre».

—Veo muchos jóvenes caminando por aquí —dice *Madame Rosemarie*.

—Bolonia es una ciudad universitaria —dice Marco—. La universidad de Bolonia es la más antigua de Europa. Hay cerca de 100 000 estudiantes viviendo aquí. Después del almuerzo, me encantaría mostrarle la ciudad.

—Eso es muy amable de tu parte —responde *Madame Rosemarie*—. Creo que deberíamos pedir la comida. Quizás puedas darme alguna sugerencia. Me gustaría probar un plato típico de este lugar.

«Sí, esa es una buena idea —piensa Voltaire—. Vamos a comer».

—Mucha comida deliciosa tiene su origen en Bolonia —dice Marco—. Por ejemplo, los tortellini (que se dice tor-te-li-ni), la lasaña, la salsa boloñesa para pastas, la salchicha italiana llamada mortadela

y el vinagre balsámico. Quizás le gustaría pedir algo de pasta con salsa boloñesa. La salsa se hace con cerdo y ternera. Para el postre, sugiero mascarpone, un queso muy cremoso y dulce.

—Eso suena muy bien —contesta *Madame* Rosemarie.

—Muchos restaurantes de aquí incluso cocinarán algo para Max y Voltaire —dice Marco.

Madame Rosemarie y Marco piden el almuerzo. *Madame* Rosemarie pide pollo para Max y Voltaire.

El camarero les trae la comida. Les sirve a *Madame* Rosemarie y a Marco, y luego a Max y a Voltaire. *Madame* Rosemarie inspecciona los platos hechos para Max y Voltaire.

—Se ven deliciosos —dice *Madame* Rosemarie—. Veo que el chef ha cortado el pollo en trozos pequeños y ha agregado un poco de jamón y tocino. Esto es un verdadero placer.

«¡Oh, sí! —piensa Voltaire cuando llega la comida—. Esto huele bien».

Madame Rosemarie prueba la pasta gruesa con salsa boloñesa.

—Esto está exquisito —declara *Madame* Rosemarie.

—La base de una buena salsa boloñesa es una

mezcla de vegetales aromáticos y con sabor, como el apio, la cebolla y la zanahoria, fritos en aceite de oliva y mantequilla —explica Marco—. Luego, se agregan trozos de cerdo y ternera a la mezcla para que se doren. Se agrega un poco de leche o crema y se mezcla antes de verter vino blanco. Después de cocinarlo, esto crea un caldo rico. Luego, se agrega pasta de tomate y caldo, seguido de un poco de mantequilla y sal. La salsa se revuelve y se hierve a fuego lento hasta que la carne se ablande y se deshaga. También me gusta completar la salsa con queso parmesano recién rallado, pero otros prefieren el sabor natural de la salsa.

—Debes ser un buen cocinero —dice *Madame* Rosemarie.

—Me gusta comer —responde Marco—. Aprendí a preparar algunos de mis platos favoritos.

Madame Rosemarie mira a Max y a Voltaire y a sus platos vacíos.

—Veo que disfrutaron su comida —dice *Madame* Rosemarie—. Debería pedirle la receta al chef.

«Mmmm, ¡es casi tan bueno como los *croissants!* —piensa Max».

—El almuerzo estuvo espectacular —dice *Madame* Rosemarie.

—Me alegra que lo haya disfrutado —responde

Marco—. Si quiere, podemos ir a dar un paseo y puedo mostrarle varios lugares —dice Marco.

—Un paseo suena maravilloso —dice *Madame* Rosemarie—. ¡Especialmente después de esta comida!

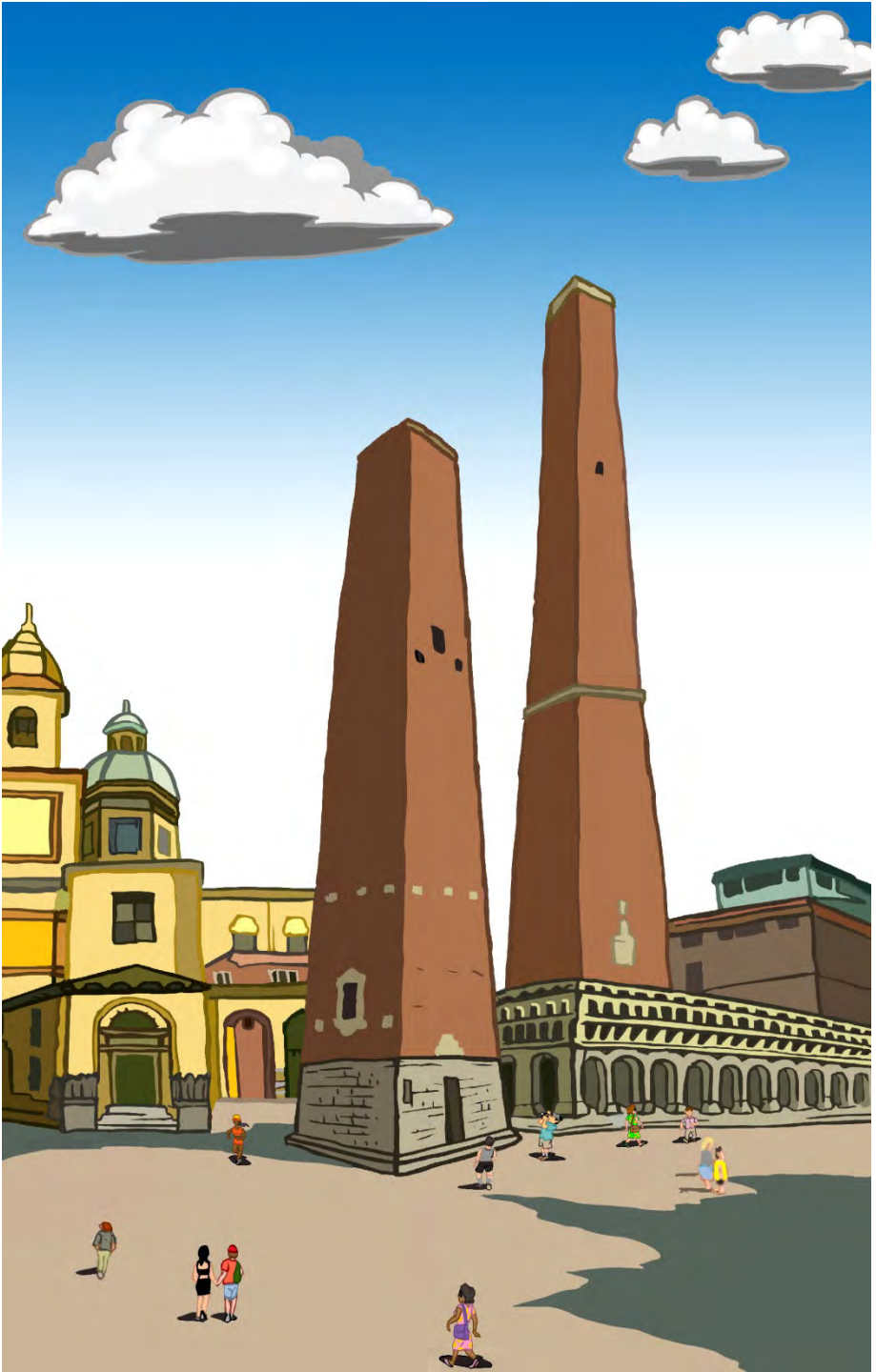
—Aquí en Bolonia tenemos dos torres inclinadas —dice Marco—. En Pisa, hay una sola.

Pasan por muchos pasillos cubiertos que parecen seguir y seguir.

—Hay más de 40 millas de pasillos con pórticos en Bolonia —dice Marco—. Por allí está la iglesia más grande de Bolonia, la basílica de San Petronio (que se pronuncia ba-zi-li-ca de san pet-ro-ni-o). Originalmente se pretendía que fuera más grande que la de San Pedro en Roma. En 1561, cerca de 169 años después de que la obra había comenzado, el papa Pio IV frenó la construcción. Hasta el día de hoy, la conclusión de la iglesia permanece pendiente.

«Me pregunto si esto habrá inspirado la frase “asuntos pendientes” —piensa Max».

—Sé que no tiene mucho tiempo para pasar en Bolonia y que está ansiosa por llegar a Roma —dice Marco—. Pero antes de irse, debe probar el helado italiano. Lo llamamos *gelato*.



Marco los lleva a una *gelateria* (que se dice jay-lot-tay-ri-a) cercana donde sirven helado italiano artesanal. Ven una larga fila de gente esperando para comprar *gelato*. Después de unos quince minutos, llegan al mostrador.

—Nunca había visto tantos sabores de helado —dice Madame Rosemarie—. Será muy difícil elegir.

—El chocolate es mi favorito —dice Marco.

—Quiero una bola pequeña de *gelato* de chocolate —dice Madame Rosemarie.

También pide dos bolas pequeñas de *gelato* de vainilla para Max y Voltaire.



Madame Rosemarie, Marco, Max y Voltaire caminan hacia un banco. *Madame* Rosemarie coloca el *gelato* en dos vasos de papel y los deja en la acera, cerca del banco.

—Nunca antes había probado algo como esto —dice Max—. Sabe a leche dulce.

—Sabe muy bien —dice Voltaire—. Me encanta la comida italiana.

Después de que Max y Voltaire terminan su *gelato*, caminan hacia un banco cercano y saltan.

—Contaré hasta tres y luego saltamos —dice Voltaire.

Madame Rosemarie y Marco están comiendo su *gelato* y conversando. Ella gira la cabeza y ve a Max y a Voltaire saltando arriba y abajo de un banco.

«Me pregunto qué estarán haciendo —piensa *Madame* Rosemarie».

—Creo que estamos haciendo algo mal —dice Voltaire—. De acuerdo con Galileo, deberíamos aterrizar a al mismo tiempo.

—Para que funcione el experimento, deberíamos ser del mismo tamaño y tener la misma forma —dice Max—. Pero esto es divertido. Me gusta saltar hacia arriba y hacia abajo.

—Oh, bueno —dice Voltaire—. Tal vez no estoy

hecho para ser científico.

Madame Rosemarie llama a Max y a Voltaire.

—Es hora de irnos —dice—. Gracias, Marco, por mostrarnos Bolonia —dice *Madame* Rosemarie.

—Espero que la pasen muy bien en Roma — responde Marco—. Adiós, Max. Adiós, Voltaire.

En el coche, *Madame* Rosemarie dice:

—Me alegra que hayamos parado en Bolonia. Es una ciudad encantadora. ¡Y qué suerte conocer a Marco! Es muy dulce. Ojalá tuviésemos tiempo para visitar algunos lugares más. Florencia no está tan lejos de aquí. Pero la *Signora* Carina nos espera para la cena.

«Estoy ansioso por ver a Spaggetino y a Midnight de nuevo —piensa Max».

Luego de unas horas de viaje, finalmente llegan a las afueras de Roma.

—Ya casi llegamos —anuncia *Madame* Rosemarie—. La casa de la *Signora* Carina se encuentra en una calzada antigua pavimentada con adoquines llamada Vía Apia. La guía turística dice que esta fue una de las calzadas más importante del mundo en la antigua Roma.

Max y Voltaire están sentados en el asiento trasero del coche mirando por la ventana.

—Me pregunto qué comeremos en Roma —susurra Voltaire—. Hasta ahora, hemos aprendido mucho y hemos comido muy bien.

—Los viajes están llenos de sorpresas —responde Max—. Estoy ansioso por nuestra visita.

—Esta es la casa —señala *Madame* Rosemarie.

La casa está rodeada por una cerca de piedra. Detrás de la cerca, hay un gran edificio de piedra antiguo, rodeado de pinos piñoneros y arbustos de hoja perenne con flores blancas cuidadosamente podados.



Madame Rosemarie se baja del coche, camina hacia la enorme puerta de hierro forjado, encuentra el timbre y lo hace sonar. Mientras la puerta comienza a abrirse, la *Signora* Carina, Spaggetino y Midnight aparecen en la puerta principal de la casa.

—*Ciao, Madame* Rosemarie, Max y Voltaire — grita la *Signora* Carina—. ¡Estoy muy feliz de verlos! Espero que hayan tenido un buen viaje.

Spaggetino y Midnight corren hacia Max y Voltaire y todos frotan sus narices.